RICARDO GÜIRALDES Y EL MOVIMIENTO DE VANGUARDIA EN LA ARGENTINA

EN un estudio sobre el movimiento de vanguardia en Iberoamérica, no se debe omitir una manifestación de dicha tendencia literaria que, cuarenta años atrás, se dio a conocer en la República Argentina con el nombre de martinfierrismo. También interesa destacar a tal respecto la personalidad del paladín de la nueva sensibilidad estética que conquistó con un libro de poesías la poco envidiable fama de ser el poeta más "malamente manoseado" por los críticos de su país. Me refiero a Ricardo Güiraldes y a su obra *El cencerro de cristal*. Basta recordar que en 1915, al salir a la luz este volumen, Leopoldo Lugones, a la sazón en el pináculo de su fama, lo calificó de "la trastienda clandestina de las mixturas de ultramar, donde el fraude de la poesía sin verso, la estética sin belleza y las vanguardias sin ejército aderezan el contrabando de la esterilidad, la fealdad y la vanagloria".[1]

En términos generales, el martinfierrismo, como orientación internacional, propendía a la ultra-modernización de la expresión estética.[2] Reflejaba el espíritu de la época, una rebelión de las nuevas generaciones contra el gusto artístico del pasado inmediato, la inquietud de la juventud que buscaba una expresión propia en formas más avanzadas. En las letras españolas, unos cinco años antes, este espíritu se difundió con el "Manifiesto del Ultraísmo", y pronto se caracterizaría como un movimiento de vanguardia.[3] Independientemente de España, el fenómeno apareció también en la Argentina, a modo de esfuerzo renovador, en el seno de un grupo de escritores jóvenes, descontentos de la opresión artística predominante y dispuestos a emprender una recia embestida contra la tendencia conservadora. Entre ellos, Evar Méndez, y Oliverio Girondo dieron los primeros pasos. Se proponían sacudir a Buenos Aires de su

---

[1] Ver Augusto Mario Delfino "Cómo apareció *Don Segundo Sombra*." *Arte y Plata* (México, III, febrero, 1947).

[2] Ver Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica* (México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1949) p. 269, notas 13 y 17.

[3] Guillermo de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia* (Madrid, R. Caro Raggio, 1925), pp. 81 (nota 1), 317.

letargo artístico y literario y traer una renovada sensibilidad estética en todas las manifestaciones nacionales del arte. Alistaron en sus filas a los colegas que compartían sus mismos gustos, y en septiembre de 1923, reunido a veces en "La Cosechera", de la avenida de Mayo, o en el "Richmond", en la calle Florida, decidieron fundar *Martín Fierro,* periódico que les serviría de pendón de guerra. A Méndez y Girondo, los iniciadores, se sumaron Pablo Rojas Paz, Ernesto Palacio, Conrado Nalé Roxlo, Luis Franco y Córdoba Iturburu. Aunque muy diferentes en sus evaluaciones y preferencias, todos estaban unidos en algunos aspectos esenciales: condenación de la literatura iberoamericana anterior, artificiosa en su imitación de estilos europeos anticuados y carente de ese sabor autóctono del terruño que poseía el *Martín Fierro* de José Hernández; pasión por una expresión moderna y fresca en todas las artes; necesidad de intensificar y extender las innovaciones de Rubén Darío y el reconocimiento del valor artístico de las nuevas corrientes literarias extranjeras.

Mientras en Buenos Aires se desarrollaba este movimiento, Güiraldes, al menos por entonces, nada sabía de ello. Desilusionado por la falta de comprensión con que fuera acogida su labor literaria, se había aislado en la Porteña, la estancia paterna, situada cerca de San Antonio de Areco, a unos ciento quince kilómetros de la capital. Allí, separado del mundo que lo rodeaba e inconsciente de lo que se estaba urdiendo en el ambiente de las letras, trabajaba en *Don Segundo Sombra.*

En aquellos días, a raíz de una sugestión de Girondo, los martinfierristas resolvieron disparar la primera andanada con un manifiesto, para despertar a Buenos Aires de su apatía hacia los rumbos más recientes en las letras y las artes. Sería ésta la fe de bautismo del movimiento de vanguardia en la Argentina. Y así, el 14 de mayo de 1924, los círculos literarios de Buenos Aires recibieron una inesperada sacudida con la primera descarga de los martinfierristas. El número 4 del periódico publicó con grandes titulares el "Manifiesto de *Martín Fierro,*" que en parte decía así:

> MARTÍN FIERRO siente la necesidad de . . . llamar a cuantos sean capaces de percibir que nos hallamos en presencia de una *nueva* sensibilidad y de una *nueva* comprensión, que, al ponernos de acuerdo con nosotros mismos, nos descubre panoramas insospechados y nuevos medios y formas de expresión.
>
> MARTÍN FIERRO cree en la importancia del aporte intelectual de América, previo tijerazo a todo cordón umbilical. Acentuar y generalizar, a las demás manifestaciones intelectuales, el movimiento de independencia iniciado en el idioma, por Rubén Darío. . .

MARTÍN FIERRO, tiene fe en nuestra fonética, en nuestra visión, en nuestros modales, en nuestro oído, en nuestra capacidad digestiva y de asimilación.

MARTÍN FIERRO artista, se refriega los ojos a cada instante para arrancar las telarañas que tejen de continuo el hábito y la costumbre. ¡Entregar a cada nuevo amor una nueva virginidad, y que los excesos de cada día sean distintos de los excesos de ayer y de mañana! ¡Ésta es para él la verdadera santidad del creador!...[4]

La publicación del manifiesto no sólo alcanzó la finalidad deseada de sacudir a Buenos Aires de su marasmo literario y atraer a los jóvenes argentinos que carecían de un punto de apoyo en su dispersión, sino también sacó a Güiraldes de su aislamiento voluntario. En el mismo número de *Martín Fierro* que insertó el manifiesto, figuraba un llamado a los espíritus afines, invitándoles a salir al frente a declararse en favor del movimiento. Les pedía brevemente una contestación a esta pregunta:

¿Cree Ud. en la existencia de una sensibilidad, de una mentalidad argentina?[5]

Gozoso y sorprendido al descubrir, en las palabras claramente expresadas del manifiesto, la existencia de otros jóvenes de su misma sensibilidad, Güiraldes respondió con entusiasmo al llamado de *Martín Fierro,* en términos que no dejaban ninguna duda acerca de su fe en la causa. En la edición del 15 de junio de *Martín Fierro* apareció su contestación, en la forma que sigue:

Sí, hay una sensibilidad y una mentalidad argentina. Si no fuera así no tendríamos razón de ser sino como terreno baldío, vendible en lotes.[6]

En aquella respuesta Güiraldes declaraba su afinidad con los martinfierristas en un terreno común: la estima por lo característicamente autóctono y la conciencia de formar parte de ello; el reconocimiento, en suma, de una estética argentina.

En junio de 1924, empeñado ya en expresar aquella misma sensibilidad en *Don Segundo Sombra,* Güiraldes rompió finalmente su silencio, para extender una mano amiga a los jóvenes escritores de *Martín Fierro,* cuyos propósitos eran tan semejantes a los suyos.

Poco tiempo después, los dos directores del periódico, Evar Méndez y

---

[4] "Manifiesto de *Martín Fierro,*" *Martín Fierro* (Segunda Época, año 1, número 4, Buenos Aires, 15 de mayo de 1925).

[5] *Ibid.,* p. 4.

[6] *Martín Fierro* (Segunda Época, año 1, números 5-6, 15 de junio de 1924), p. 6.

Oliverio Girondo, viejos amigos de Güiraldes, lograron hacerle salir de su aislamiento y venir a la ciudad a respirar en el nuevo clima intelectual. La calurosa acogida que recibió del grupo produjo en el escritor el más grande halago.[7] Güiraldes encontraba por primera vez en su patria la comprensión intelectual que se le había negado hasta aquel momento. Ya no era hostilidad sino reconocimiento lo que le confrontaba. Y tanto se entusiasmó con sus nuevos amigos y su valiente campaña de innovación artística, que abandonó su vida de ermitaño de La Porteña y regresó con Adelina, su esposa, a Buenos Aires para intervenir en la batalla.

En Buenos Aires, primeramente en el hotel Majestic y después en su departamento de la calle Solís, Güiraldes y Adelina invitaron a los "muchachos" a sus memorables reuniones, que eran de admiración recíproca, muy concurridas y animadas, donde acudían con asiduidad los martinfierristas.[8] Güiraldes sentía la más estrecha afinidad con aquellos jóvenes cuya lucha por expresarse a sí mismos conocía tan bien, frente a la densa incomprensión del ambiente.[9] Aventurero por naturaleza, y siempre en busca de horizontes inexplorados, Güiraldes se tornó en protector de esos jóvenes escritores que se atrevían a arriesgarse por algo nuevo y original.[10]

Por su parte, los jóvenes de *Martín Fierro* estaban cautivados por Güiraldes, como persona y como poeta. Les encantaba esa personalidad viril y fraterna a la vez, que les servía, estéticamente, como un hábito renovador. Entre los concurrentes más asiduos a las reuniones figuraban Jorge Luis Borges, Pablo Rojas Paz, Alfredo Brandán Caraffa, Francisco Luis Bernárdez, Leopoldo Marechal, Raúl y Enrique González Tuñón y Mario Augusto Delfino. Bernárdez expresó el entusiasmo general por Güiraldes en una descripción que hizo de lo que era éste en esa época.

> De estatura mediana, de figura cenceña, distinguido en el porte, sobrio en los ademanes y melancólico en la expresión de su rostro fino y al mismo tiempo varonil, Güiraldes tenía a la sazón poco menos de cuarenta años, es decir, quince más de la mayoría de los integrantes de nuestro grupo... era hombre auténticamente juvenil, tanto por su aspecto físico (que no condecía con el de una

---

[7] Ver Guillermo de Torre, "Una carta-autobiografía de Ricardo Güiraldes," *Buenos Aires Literaria,* (Año 1, número 2, 1952), pp. 3-16.

[8] Ángel J. Battistessa, "Breve historia de una revista de vanguardia," *Verbum,* (Números 2-3, 1942), pp. 25-37.

[9] Félix Lizaso, "La lección de Güiraldes," *Revista de Avance* (La Habana, III, número 22, 1928), p. 118.

[10] Pablo Rojas Paz, "Descubrimiento y conquista de la pampa," en *El perfil de nuestra expresión* (Buenos Aires, El Inca, 1929), p. 47.

persona de su edad) como por el fuego que inflamaba su palabra y sus actitudes. No quiere esto decir, ni mucho menos, que fuese locuaz. Por lo contrario, el silencio solía envolverlo casi siempre. Pero nuestro amigo parecía querer hacerse perdonar aquella aparente lejanía con una sonrisa que ofrecía constante acceso a su alma.

Güiraldes no solamente defendía la expresión juvenil de lo nuevo y original, sino también se erigía en campeón de las innovaciones de los literatos franceses, con quienes estaba en contacto directo. Los mozos del círculo le escuchaban ávidamente, mientras él explicaba con emoción los trabajos de Larbaud, Fargue, Romains, Levet y Saint Léger.[12] Le reconocían portavoz y líder de la expresión literaria más avanzada.[13] Pero los martinfierristas no consideraban a Güiraldes como maestro precisamente, sino más bien como guía que señalaba el camino. Respondían a su "alma de proa" y a su espíritu de camaradería, expresados en unas palabras atribuidas a Güiraldes por Enrique González Tuñón:

Ven conmigo, hermano,
Los fuertes te aplaudirán.[14]

Asociado a los martinfierristas en su campaña literaria, Güiraldes colaboró en *Martín Fierro* durante los años siguientes. Al mismo tiempo los martinfierristas seguían concurriendo a aquellas animosas reuniones en casa de Adelina y Ricardo. La personalidad de Güiraldes se expandía en su contacto con el entusiasmo de los "muchachos", a quienes trasmitía su sentir por la pampa. Le gustaba rasguear la guitarra, en conjuros poéticos del ambiente gauchesco, "para ayudarse a refesionar", como él decía.[15] De la interpretación musical pasaba a la literaria.[16]

Así animado por el amistoso interés de los que le rodeaban, Güiraldes se consagró a dar fin a este libro en que se proponía interpretar la pampa. Al terminar cada capítulo, leía los pasajes sobresalientes a sus amigos, que seguían de este modo, casi paso a paso, la evolución de

---

[11] Francisco Luis Bernárdez, "Ricardo Güiraldes en mi recuerdo," *Criterio* (Buenos Aires, XXVI, 1952), pp. 874-875.

[12] Pablo Rojas Paz, "Ricardo Güiraldes," *Síntesis* (Buenos Aires, II, 6, noviembre, 1927); ver también Félix Lizaso, *loc. cit.*, p. 118.

[13] Francisco Luis Bernárdez, *loc. cit.*

[14] Enrique González Tuñón, *Apología de un hombre santo* (Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1930), p. 44.

[15] María Luisa Leguizamón, "Ricardo Güiraldes y algunos aspectos de su obra," *Cuadernos Americanos* (México, XII, mayo-junio, 1923), p. 279.

[16] Francisco Luis Bernárdez, *loc. cit.*, p. 875.

Don Segundo Sombra. Por la misma época Jorge Luis Borges, íntimamente enterado, afirmó su fe en la obra de su colega, declarando que "Güiraldes, primer decoro de nuestras letras, le está rezando al llano. ."[17]

Cuando por fin el 10 de julio de 1926 aparecieron en las vidrieras de las librerías los primeros ejemplares de *Don Segundo Sombra,* los "muchachos", testigos de su gestación, estrecharon filas para asegurar su triunfo. La primera reacción partió de *Martín Fierro,* el 3 de septiembre. Los "muchachos", sabedores de la hostilidad que predominaba contra el colega y amigo, temían que *Don Segundo Sombra* fuera a su vez víctima de la crítica adversa, especialmente de parte de Leopoldo Lugones. Para que los críticos no cometieran el error de condenar apresuradamente el libro, escribieron:

> La justicia que llega siempre ¡caray! ubicará los valores donde corresponde, y los tiempos próximos, las generaciones que llegan, hablarán —con el favor de los años— del resero Güiraldes como el mejor rumbeador y tropero que conocieron las llanuras (hoy chacras).[18]

Pero, contrariamente a lo que se esperaba y temía, Lugones saludó a *Don Segundo Sombra* con una salva de elogios sin precedentes. En la reseña de la novela que apareció en el suplemento dominical de La Nación, el 21 de septiembre, decía: ". . . Eso es saber triunfar, saber amar, saber vivir, saber portarse como hombre y como artista".[19]

Donde antes Güiraldes era esquivado, ridiculizado, desdeñado y vituperado, ahora le abrumaban con felicitaciones y aplausos. Esta súbita aclamación, tan opuesta a lo que previamente experimentó en su vida de escritor, fue para él una sorpresa. Con su habitual grandeza de alma, compartió el crédito con todos. "*Don Segundo Sombra* —dijo— lo hemos escrito todos. Estaba en nosotros y nos alegramos que exista en letra impresa."[20]

En conclusión, si bien es cierto que Güiraldes acudió al movimiento de

---

[17] Jorge Luis Borges, "La pampa y el suburbio son dioses," *Proa* (Número 15, 1925).

[18] S. P. "*Don Segundo Sombra,* relato de Ricardo Güiraldes," *Martín Fierro* (Segunda Época, año III, número 33, 3 de septiembre de 1926), p. 6.

[19] Leopoldo Lugones, "Don Segundo Sombra," *La Nación* (Suplemento literario, Buenos Aires, 21 de septiembre de 1926), p. 4; ver también Augusto Mario Delfino, "Cómo apareció *Don Segundo Sombra,*" *Arte y Plata* (México, III, 1947), pp. 34-36.

[20] Ricardo Güiraldes, "De un epistolario," *Sur* (Año 1, otoño, 1931), p. 185.

vanguardia de su patria como defensor de la nueva conciencia estética, es igualmente incontestable que, por su parte, los martinfierristas echaron los cimientos de la consagración de aquél como figura literaria.[21]

GIOVANNI PREVITALI

Universidad de Puerto Rico, Mayagüez

[21] Para una exposición más extensa del asunto, ver Oliverio Girondo et alii, *El Periódico Martín Fierro. 1924-1949* (Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1949), Eduardo González Lanuza, *Los Martinfierristas* (Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas 1963), Giovanni Previtali, *Ricardo Güiraldes and Don Segundo Sombra. Life and Works* (New York, Hispanic Institute in the United States, 1963), id.: *Ricardo Güiraldes - Biografía Crítica* (México, Ediciones De Andrea, 1965).